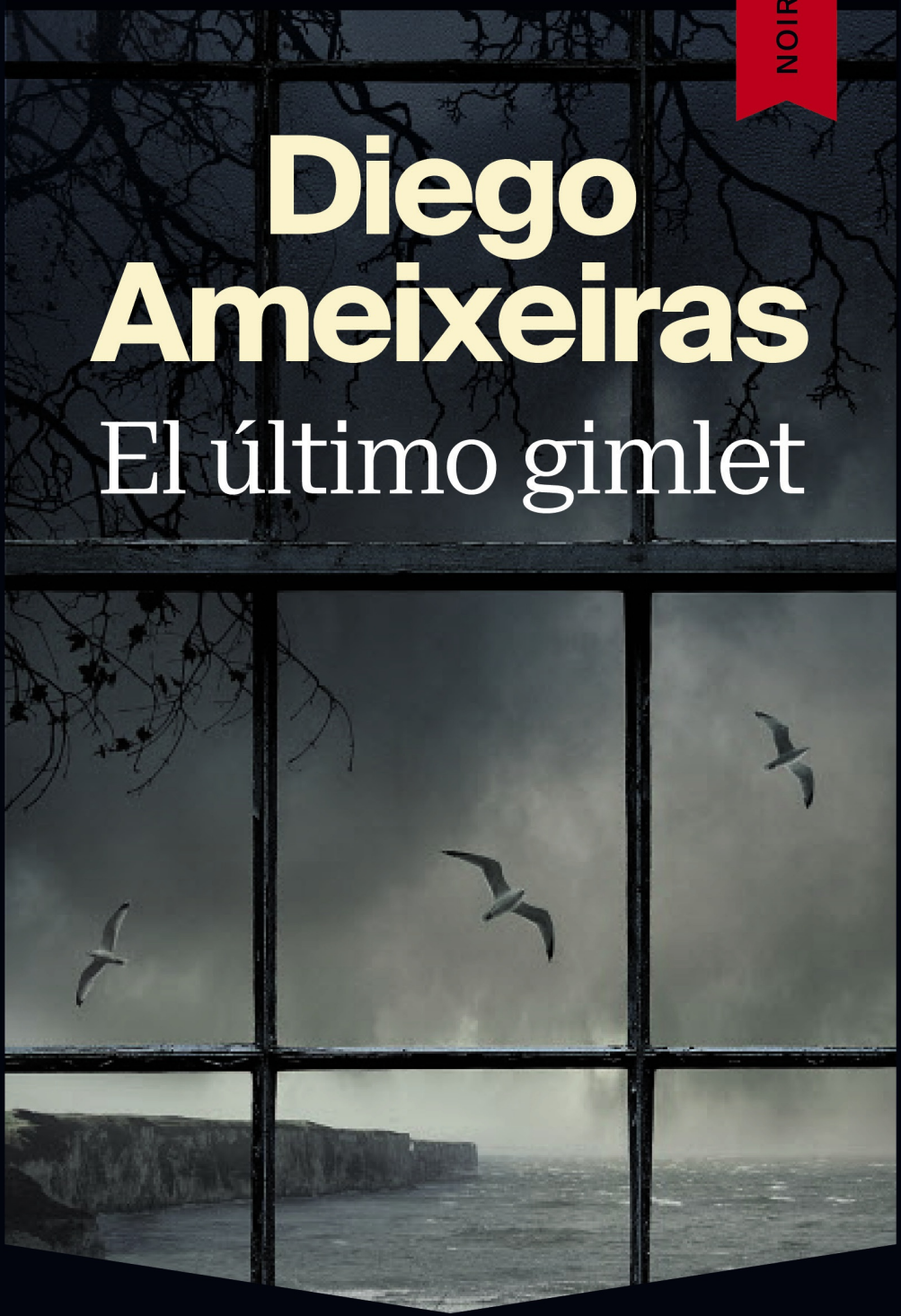
NOIR

Diego Ameixeiras

El último gimlet



AdN

Diego Ameixeiras

El último gimlet

AdN

O derradeiro gimlet ha sido originalmente publicada en gallego por Xerais y traducida por el autor.

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© DIEGO AMEIXEIRAS, 2026
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-57-6
Depósito legal: M-12724-2026
Printed in Spain

Para Eva, que llega por la noche

«Me llamaba. Señalaba el éxtasis».

Charles Williams
El arrecife del escorpión

1

Llevo en mis manos las heridas de un amor y de un crimen. Debo explicar por qué. Empezaré diciendo que aquellos días me fui a vivir unos meses a orillas del mar, cansado de mi suerte negra, y que lo hice buscando una calma que jamás alcanzaría. Me costó dar el paso. De haber sido por mí, hundido como me encontraba, habría seguido vagando por las calles de Santiago, incapaz de enderezar el rumbo tras haberle arrancado un ojo a Pereira, el inspector jefe. Mi vida descarrilaba. Solo quería dejarme caer, ahogarme en las aguas podridas del resentimiento. Pero a Vicente se le ocurrió ofrecerme la casa de sus padres para que me marchase un tiempo e intentase poner la cabeza en su sitio, necesitado de una serenidad que me había abandonado. Era el único en la comisaría que todavía confiaba en mí. El único de mis antiguos compañeros al que podía seguir llamando «amigo», a pesar de todo lo que había echado por tierra.

Me citó en la Alameda para dar un paseo a última hora de la tarde. Nada de bares. No le apetecía compadecerse de mí hasta la madrugada mientras me desaho-

gaba con la botella. Fue directo al grano. Se detuvo, me puso las llaves en la mano y habló con su voz ronca de siempre, como si estuviese escupiendo cristales.

—Lárgate una temporada de aquí, Amador —me dijo—. No me obligues a echarte a patadas. Te estás haciendo demasiado daño.

No era la primera vez que me lo planteaba. Sin embargo, el gesto amenazante, mostrándome los colmillos, añadía algo más. Que el asunto iba en serio, que sería inútil oponer resistencia. Era eso lo que pretendía decirme. Cinco años compartidos en la Brigada de Información me habían servido para reconocer sus señales.

—Tú ganas —le respondí—. Pero no me hago responsable. Si me vuelvo loco del todo, sabré a quien echarle la culpa.

Vicente suspiró aliviado, sin esconder su satisfacción. Me pareció que mi respuesta corregía la pereza habitual de su mirada. Creía estar ayudándome cuando, en realidad, me dirigía por la vía rápida hacia mi perdición.

—Avisaré a los vecinos de la clase de individuo que eres —bromeó—. Así no se sorprenderán cuando te vean caminando por la aldea como un espectro.

—Dime que al menos vendrás a hacerme una visita. Tendré que informar a alguien de mis progresos.

—Me lo pensaré. Pero el objetivo es que aprendas a aguantarte tú solo.

—Puede que me aburra de intentarlo. Y te aseguro que será peor.

Pasaron unos estudiantes haciendo planes para una salida nocturna. Vicente abrió el paraguas. Empezaba a lloviznar. Insistí para que nos tomásemos una copa de despedida, pero no tuve éxito.

—Cuídate, Amador —me dijo antes de desaparecer hacia la zona vieja—. Llámame para lo que sea, pero no te muevas de allí hasta que te tranquilices. Respira sin más complicaciones. Olvídate de ti mismo.

Siete años de suspensión de empleo y sueldo por delante eran una losa. Me había acostumbrado a chapotear en un pozo de lamentaciones y abusaba sin freno de la autocompasión. La ruptura con Paula, aunque previsible, tampoco contribuía a librarme de una inquietud que me devoraba las entrañas. Caminaba con la impresión de que la gente advertía mi suciedad interna. Tenía alambres clavados en el cerebro, el estómago en llamas por el alcohol, los ojos flotando en un baño sanguinolento. Aquella noche hice la maleta. De algún modo me disponía a tomar las riendas, pese a no estar muy seguro de mi voluntad para salir del hoyo. Conduje de madrugada, en dirección a Cabodevila, e intenté descubrir qué señales estaba sembrando el futuro sobre mi tenebroso presente. Desconocía que la fiebre de una ambición ajena pronto se convertiría en mi destino.

Llegué por el interior. Al incorporarme a la carretera de la costa, el mar se extendió a mi izquierda. Cada punto de luz, visible en la lejanía, buscaba desafiar aquella oscuridad sin fin que parecía darme la bienvenida. A mi derecha advertí la falda rocosa de la Penal-

ta. La noche, en mi cabeza, estaba llena de zumbidos perturbadores. Pese a la humedad y los últimos fríos del invierno, bajé la ventanilla para que la proximidad del océano fuese más real. De repente tuve un hambre atroz. Apenas me quedaban tres kilómetros para llegar a Mourelle, la aldea donde se encontraba la vivienda, pero decidí parar un momento. Saqué de la mochila una barra de pan y embutido que había comprado en una gasolinera. Me hice un bocadillo apoyado en el capó. La estampa era curiosa. Si en ese instante hubiese pasado una patrulla de la Guardia Civil, habría llamado su atención. Un tipo solitario comiendo a aquellas horas, tan tranquilo, en medio de la carretera. Como si la madrugada lo invitase a disfrutar de la ventisca.

El pan estaba como una piedra y el chorizo tenía la textura del caucho. No me importó. Abrí una cerveza y saboreé cada bocado con gusto. Por paradójico que fuese, pensé que allí, perdido en el centro de la oscuridad, podría iluminarse el final de mi túnel. Cerré los ojos. Llené los pulmones de aire y lo solté muy despacio por la nariz. Entendí que la vida nos regala algunas formas de felicidad que solo reconocemos a través del recuerdo, nunca al experimentarlas, y que por eso duele tanto su memoria. Ni el mar ni la grandiosidad de la Penalta atenuarían los tormentos que me perseguían desde hacía meses. Al contrario, aquel paisaje oculto en la noche consumiría mi razón con un fuego venenoso. Todo habría ido mejor si me hubiese vuelto a casa, desechando la idea de Vicente. Nada me lo im-

pedía, pero era imposible suponer lo que se avecinaba. Mis manos se estaban preparando para sangrar con el reflujo de la muerte.

Conduje hasta la aldea. Tomé un desvío a la derecha, maniobré por curvas imposibles y ascendí una cuesta hasta localizar la casa. Tenía la referencia de una fuente y un cartel azul. Aparqué el coche un poco más arriba, junto a un muro medio caído, y apagué el motor. El viento rugía con menos intensidad. Unos perros, cerca de allí, se cansaron de ladrarme. Entré en la vivienda preguntándome por qué Vicente estaba siendo tan generoso conmigo. La explicación era sencilla: le seguía remordiendo la conciencia por haber ocupado mi sitio todavía caliente en la cama de Paula. Me enteré de que estaban juntos una semana después de pegarle el puñetazo a Pereira, cuando el suelo se abrió bajo mis pies y quise ser engullido por aquellas grietas como cuando me negaba a ir al colegio. «Nunca cambiamos», pensé. El grito del adulto que somos rima con el llanto del niño que fuimos. Vicente me había prometido unas vistas estupendas desde la terraza, el extremo del fin del mundo al alcance de mis ojos. Lo comprobaría con las primeras luces del día.